

TERRORISMO RELIGIOSO

El auge global de la violencia religiosa.

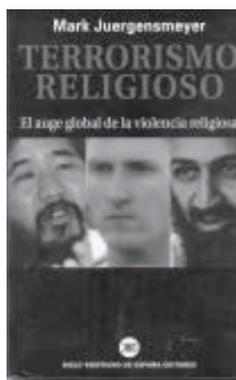
Mark Juergensmeyer

Por: M^a Eugenia Bello de A.

El 11 de septiembre de 2001 en un hecho que podríamos entender como un hito en el fenómeno del terrorismo, el asombro de las sociedades occidentales tuvo múltiples vertientes. Las declaraciones de la entonces embajadora de Estados Unidos en Venezuela, Donna Hrinak, podrían ser un reflejo de la dificultad que muchos teníamos para entender las motivaciones de quienes se «inmolaron» en las torres gemelas. La Sra. Hrinak exponía que la sociedad americana brindaba las posibilidades para que todos aquellos que pudiesen entrar en ese país comprendieran su forma de vida y los valores asociados con la tolerancia política, religiosa y cultural. Ella no lograba entender cómo eso no había podido ser asimilado por estas personas. Más recientemente, un sentimiento similar subyacía en España tras el atentado en las cercanías de Atocha.

Las interrogantes sobre esa suerte de intolerancia que percibimos como un posible «choque de civilizaciones» para usar la expresión, no del todo inocente de Huntington, especialmente aquellas con un importante substrato religioso, son abordadas en esta obra de Juergensmeyer, *El Terrorismo Religioso*, a través de una profunda e interesante, y por demás bien documentada, reflexión. Se trata de vincular las explicaciones y justificaciones que los activistas y seguidores de diversas ideologías religiosas dan a sus acciones violentas o de terrorismo. Tal como el autor lo señala, busca analizar la «oscura relación entre ideología y religión». Para ello, investiga múltiples casos y encuentra que, aunque la religión puede ser un factor crucial en muchos actos de terrorismo, se necesita una serie de condicionantes y un camino recorrido para llegar a esos extremos, sea cual sea la tradición religiosa desde la que se pretende justificar el derramamiento de sangre, especialmente de población inocente, y actos de violencia de gran magnitud.

Una de las líneas matrices desarrolladas es que «ideas e imágenes de violencia» no son monopolio



de una sola religión, cualquier culto puede aportar la base ideológica para estos ataques en el entorno global contemporáneo, convirtiéndose así, aún a pesar de los violentos, en una manifestación más de la globalización. Se pueden tomar las palabras de Juergensmeyer en el prólogo a la edición española sobre el fin último de su escrito, para él se trataría de entender «el poder que aún ejerce la imaginación religiosa en la vida pública y de reconocer que para muchos la religión más que ser la causa de la violencia, puede representar un remedio contra esta» (Juergensmeyer, 2001:xiii).

En la introducción que titula «El Terror y Dios» se expone claramente el esquema expositivo que tiene el libro a partir de dos ideas principales, a saber, el terrorismo religioso, por una parte, y la visión desde el interior de las culturas de la violencia, por la otra. A través del primero se pretende abordar el fenómeno en sí, desde las dificultades inherentes al calificativo mismo de «terrorismo» hasta el lenguaje religioso y la base ideológica que se aplica, mientras que en el segundo se aspira comprender no sólo la mentalidad de los activistas religiosos sino el contexto y los grupos que los apoyan.

A pesar de la innegable existencia de actos que pudieran calificarse como «terrorismo de Estado», el libro se centra en el estudio de aquellos casos en que la religión, combinada con otros factores (identidad étnica, ideologías sociopolíticas, reacción a una ocupación, etc.) se vislumbra como motivación principal. El autor busca centrar el análisis de casos en sendos contextos culturales y en el marco de los cambios sociopolíticos globales contemporáneos. La comprensión de por qué estos actos se han asociado con causas religiosas es uno de los objetivos principales que se propone Juergensmeyer.

De los casos estudiados, el autor muestra múltiples evidencias de que muchos de los que llevan a acciones terroristas o que pertenecen a grupos o comunidades que los apoyan abiertamente no pueden

ser calificados como sociópatas o individuos con profundos trastornos de personalidad, al contrario suelen ser ciudadanos que han mostrado una vida de cierta normalidad que en un momento dado «se ven abrumados» por un enorme sentido de dedicación a una visión religiosa compartida por muchos miembros de la comunidad de la que forman parte y, convencidos de que esta visión del mundo está siendo profundamente atacada, se convencen de llevar a cabo un acto «trágico y desesperado». (Juergensmeyer, 2001:9). También parece ser usual que estos activistas religiosos no se perciben a sí mismos como «terroristas» sino como militantes o soldados de una causa, que asumen la violencia como un medio para lograr un fin, en tal sentido sus actos, entendidos como «operaciones» serían interpretados como «acciones defensivas», reactivas a una situación que limita con lo insostenible.

La sensación de traición que expresaba la embajadora Hrinak y de fragilidad de la seguridad personal que tanto las víctimas sobrevivientes y demás observadores experimentan, junto con la percepción del caos subsiguiente, parecieran ser las constantes en las reacciones a los actos terroristas, y por supuesto, el miedo, objetivo mismo de estos actos. Por ello, son estas víctimas y observadores los que definen y califican estas acciones, los que las cometen, sus seguidores e instigadores, no lo perciben así.

Al respecto Juergensmeyer (2001:11), nos aclara: *«El uso del término [terrorista] depende extensamente de la propia visión de mundo: si el mundo se percibe como pacífico, los actos violentos parecen terrorismo. Si el mundo se concibe como una guerra, los actos violentos pueden ser considerados legítimos. Pueden tomarse como acciones prioritarias, como tácticas defensivas en una continua batalla, o como símbolos que indican que el mundo está ciertamente en un estado de grave y determinante conflicto».*

Una de las preguntas clave a la que espera dar respuesta el autor es si el terrorismo religioso es diferente a otras clases de terrorismo, lo cual es una meta bastante compleja porque en muchos casos, tal como él mismo reseña, se evidencia el papel de la religión como una ideología de orden público, asociada con una suerte de resurgimiento del nacionalismo religioso, en el que las ideas políticas y confesionales conforman una intrincada red en la que es casi imposible separar un aspecto del otro.

El libro se estructura en dos grandes bloques, en el primero se trabajan las culturas de la violencia y en la segunda la lógica de la violencia religiosa. Tal como el mismo autor plantea, la primera parte contiene espacios dedicados a los casos de cristianos en Norteamérica que apoyaron los ataques a las clínicas en las que se practicaba el aborto y acciones de milicias como el caso de la voladura del edificio federal de Oklahoma City; a los católicos y protestantes de

Irlanda del Norte, los musulmanes relacionados con la explosión del World Trade Center de Nueva York (1993) y los ataques de Hamás en el Medio Oriente, lo mismo que el de judíos que apoyaron el asesinato del primer ministro Rabin, de los sijs relacionados con el asesinato de la primera ministra Indira Gandhi y de los budistas japoneses vinculados con el ataque con gas nervioso en el metro de Tokio. La estrategia aplicada incluye no sólo a los implicados directamente sino también entrevistas con diversas personas que los respaldan para poder comprender «la visión del mundo de las culturas de la violencia». (Capítulos 2 al 6).

En la segunda parte (capítulos 7 al 11) se busca identificar patrones dentro de estas culturas para comprender por qué y cómo están interrelacionadas la religión y la violencia. La hipótesis fundamental desarrollada por Juergensmeyer es que todos los actos de terrorismo religioso no sólo implican la consecución de un objetivo estratégico sino que, básicamente, tienen un propósito simbólico, aspecto que nos es difícil leer desde la óptica y la lógica de pensamiento occidental liberal. El camino explicativo abarca la descripción de cómo las imágenes de confrontación y guerra cósmica entre el bien el mal tienden a vincularse con «batallas políticas», llegándose al extremo de la satanización del enemigo, proceso que brinda legitimidad simbólica a la confrontación y que se desarrolla gradualmente.

A continuación se estudia el modo en que la violencia religiosa ha proporcionado legitimidad a individuos «alienados, grupos marginales e ideólogos visionarios». En el último capítulo, la senda nos regresa al ámbito religioso para tratar de entender por qué el terrorista es capaz de creer que Dios aprueba sus acciones y cuál es el peso del redescubrimiento del poder religioso en el mundo contemporáneo. Finalmente, el autor no se queda allí, el recorrido seguido lo lleva a presentar como una de las conclusiones primordiales que *«este momento histórico de transformaciones globales ha proporcionado una ocasión para que la religión –con toda su imaginería e ideas- se reafirme como fuerza pública...ante la devaluación de la autoridad laica y la necesidad de alternativas de orden público».* (Juergensmeyer, 2001:17).

Creemos que la lectura y análisis de esta obra, es una interesante manera de penetrar un fenómeno que hasta hace muy poco nos parecía propio de remotas regiones, que quizás poco nos podía afectar, aspecto que la realidad se ha encargado de mostrarnos que no es así, pero que su sola manifestación no basta para su comprensión.